



Reportaje
gráfico

Toc, toc, toc: ¿quién toca?

(Reportaje gráfico sobre la puerta)

<http://dx.doi.org/10.18566/comunica.n39.a07>

La arquitectura es el testigo insobornable de la historia, porque no se puede hablar de un gran edificio sin reconocer en él el testigo de una época, su cultura, su sociedad, sus intenciones...

Octavio Paz

Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada

Julio Cortázar

No hay individuos aislados que gocen de autonomía y tengan un desarrollo independiente de la personalidad. Los sujetos son esencialmente sociales, son fundamentalmente seres en permanente interacción. El espacio no está al margen de este proceso, “es relacional... se construye a través de las relaciones sociales” (Massey, 2012, p. 9), al interactuar los sujetos entre sí. Los objetos arquitectónicos y la concepción que se tiene de la arquitectura son el resultado de este proceso de interacción, de relación entre los sujetos.

El objeto arquitectónico no es solo un elemento que tiene unas características físicas especiales, unos materiales (madera, metal, barro, piedra, hormigón), un volumen, un lenguaje, una forma y una expresión, una proyección en el tiempo (busca perdurar o es efímero) que lo identifica y lo diferencia de otros artefactos de la cultura material. Los ambientes construidos, los objetos arquitectónicos y el paisaje (el entorno en el que están situadas las edificaciones) tienen una dimensión social y una individual. De un lado, son expresión del grupo que lo habita, de sus aspiraciones y expectativas, de su manera de organizar el mundo, de su sentido de la estética (de sus patrones del gusto); y, de otro, reflejan la personalidad del individuo que lo ocupa. Están embebidos de una serie de significaciones, valores y representaciones. Poseen una estructura, un orden y una jerarquía que los que lo habitan reconocen como propia.

Federico Medina Cano

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), magíster en Artes y Ciencias de la Washington University. Docente de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, UPB. telemacosirenas@gmail.com

“Un lugar no es un lugar cualquiera. Es un sitio con vestigios humanos (...) los lugares están impregnados por la presencia de personas y de sus obras, porque son o han sido habitados por ellas. (...) Los lugares tienen, así, memoria, porque hospedan partes del alma prestada de los hombres, y por eso susurran, aunque de manera confusa. Pero tienen también un cuerpo, es decir, una cierta morfología física, una forma suficientemente homogénea como para otorgarles identidad. (...) Comprender un lugar es averiguar los rumores de su habla y la forma de su cuerpo”. Joaquín Español. (Colafranceschi, 2007, p. 121)

La arquitectura es producto de las relaciones sociales, es “un arte social” que responde a deseos, a sentimientos humanos históricos y coyunturales, a demandas culturales, a necesidades específicas que pueden ir desde lo más inmediato hasta lo trascendente. “Influye en el modo en que se desarrolla una sociedad y en la imagen que ella tiene de sí misma” (Massey, 2012, p. 9). Es un espejo de la sociedad. Es un factor dinámico que permite armar un boceto del hombre que la concibió y la fabricó, de la identidad del grupo que la realizó, de sus ideales, sus valores, los problemas que enfrentaron y las contradicciones que marcaron la época, de los cambios que se produjeron en su interior. La arquitectura habla de la forma de vida de una sociedad (de su organización social) y del sistema de pensamiento de un momento histórico. En esta condición radica su valor simbólico.

La puerta y su dimensión simbólica

La puerta constituye un elemento esencial de toda edificación. Es tanto una realidad física como una representación simbólica. En su dimensión física alude tanto a la abertura en la pared, al hueco o al vacío en un muro por donde se accede al interior de un lugar (a una vivienda o un espacio cerrado), como al dispositivo móvil destinado a cerrarla. En su dimensión simbólica habla de la cultura, del manejo que una comunidad hace del concepto de frontera, de la percepción que tiene del límite y el proceso de franquearlo, de la forma como delimita los espacios y del sentido de habitar (de la noción que tiene del territorio), de las formas de relacionarse con los otros. Una puerta es un deseo de no ser interrumpido, de apartarse y aislarse de una realidad, y también una invitación a pasar a otra dimensión, a un universo espacial que se opone al mundo familiar y conocido. “La puerta representa de forma decisiva cómo el separar y el ligar son solo las dos caras de uno y el mismo acto” (Simmel, p. 3). La puerta clausura y celebra el paso: de un lado, delimita el espacio, lo cierra sobre sí mismo e impide el acceso de los intrusos y extraños, y, de otro, facilita el ingreso.

Y Simmel agrega:

El hombre que erigió por vez primera una choza, al igual que el primer constructor de caminos, manifestó el poder específicamente humano frente a la naturaleza en tanto que recortó una parcela de la continuidad e infinitud del espacio y esta configuró un sentido conforme a una unidad específica. En esta medida, un trozo del espacio fue ligado en sí y fue separado de todo el mundo restante. (p. 3).

La casa es un “universo en contra” y es habitación. De un lado, es un lugar seguro, es construcción, recinto, fortaleza, ciudadela, muro, muralla. Y de otro, es un espacio unitario (afectivamente sólido y compacto) en el que todo le es cercano al sujeto, en el que todo lo que lo rodea lo nombra¹. Es nicho, concha, regazo, morada, refugio, receptáculo, rincón, reducto, cámara secreta, hogar (Durand, 1981, pp. 232, 233). Es el centro del mundo, el lugar más cálido y próximo (Bollnow, 1964, p.486)

La casa tiene un efecto pacificador y tranquilizador. Es un espacio protegido, un refugio que resguarda al hombre de la incertidumbre que le produce el entorno, del acoso de las fuerzas y presiones del mundo exterior, del asedio de los enemigos, los animales, los seres sobrenaturales y los poderes de la naturaleza. Es un abrigo humanizado, un espacio de tranquilidad y paz, un espacio de amparo y seguridad, un espacio “completo y cerrado” (Bollnow, 1964, p. 488).

La puerta es un lugar de tránsito, de paso, que une y separa dos mundos, dos estados o ámbitos diferentes u opuestos. En este universo protegido comunica el interior con el exterior, lo próximo con lo lejano, lo privado (el espacio donde imperan “exclusivamente los deseos y preferencias individuales”, en el que se ejerce la libertad individual (Garzón, 2003, p. 17)) con lo público (lo que pertenece a todos), lo visible con lo no visible (“lo vedado a la mirada ajena” (Garzón, 2003, p. 18), lo secreto con lo que es accesible a todos², lo opaco con lo transparente.

En un contexto más amplio, en otros ámbitos y campos de experiencia, comunica el orden y el caos, el reino de la luz y el de la oscuridad, la vida y la muerte, la ignorancia y la sabiduría, lo profano y lo sagrado, el universo de los vivos y el mundo de los muertos (el cielo o el infierno). En sentido figurado, abre en el mundo de la rutina la posibilidad del amor o de la pasión: “Si alguien llama a tu puerta, amiga mía, / y algo en tu sangre late y no reposa... / Si alguien llama a tu puerta y todavía/ te sobra tiempo para ser hermosa... / Si alguien llama a tu puerta una mañana / sonora de palomas y campanas... / Si alguien llama a tu puerta y estás triste, / abre, que es el amor, amiga mía” (García Márquez). En los relatos míticos y en las novelas

1. “Habitar un lugar es estar en él, vivirlo y ordenarlo —o desordenarlo— para hacerlo útil, para llenarlo de cosas cercanas, embellecerlo, recorrerlo, disfrutarlo y ocasionalmente admirarlo, embelesarse con él” (Saldarriaga, 2010, p.152).

2. Escuchar —pegando el oído al cuerpo de la puerta— o tratar de ver por el ojo de la cerradura son formas de acceder al conocimiento de lo que acontece en el otro lado, sin ser detectados o descubiertos.

de aventuras, para el viajero o el héroe, es el fin o el principio del viaje. Es un símbolo dinámico que invita a traspasarlo, a iniciar el camino a mundos desconocidos e inciertos.

Las puertas y la vivienda

El hombre y el espacio no están separados, forman una unidad. El modo concreto de ser del hombre se expresa, en la apropiación que hace del espacio, en la forma como lo configura y lo transforma, como lo ordena, en la manera como resuelve la búsqueda de cobijo. Esta actividad es el motor inicial de todo trabajo arquitectónico.

Habitar, para el hombre, es un asunto fundamental, es un factor existencial que determina su condición. En su sentido más básico es vivir o morar en un espacio, convertirlo es un lugar propio para permanecer en él. El hombre es un ser doméstico (del latín *domesticus*, de *domus*, casa)³. A diferencia del animal que vive en espacios abiertos, el hombre construye un sitio propio, cerrado para permanecer en él. Para desarrollar su vida cotidiana **habita**, proyecta su ser en el espacio, se toma el lugar, lo hace suyo, lo llena de contenido y lo “pinta” con sus afectos y sus sueños. Habitar es un acto de dominio. Al construir una vivienda el hombre marca el territorio, lo rotura y rotula, establece un perímetro (crea los límites de su universo) y se cierra sobre sí mismo. Para cada sujeto su casa, el lugar en el que mora, es un espacio propio, diferenciado, único, que tiene un valor y una función (es el marco de su vida familiar), un significado concreto (desde el mundo de lo práctico), una dimensión afectiva (está cargado de sentimientos y de referentes poéticos), un contenido simbólico y un imaginario.

La vivienda es un universo favorable al sujeto. Mientras el afuera es un universo vasto y amplio, lleno de riesgos y azaroso, la casa es un lugar pleno de gratificaciones y de paz donde se está a salvo. Es el recinto donde todo lo referido al sujeto se reúne, confluye en él y lo complementa (el ser es el núcleo y el centro que todo lo atrae). Mientras que, en el afuera, la vida se pone en juego, se expone, se confronta, se puede perder el rumbo y desorientarse, en la casa la vida no se arriesga, ni se somete a prueba, se conserva y se cuida. El afuera es el mundo de la aventura, del trabajo como obligación (de la lucha por ganarse la vida), de la expulsión y del castigo (del vagar sin rumbo); la casa es el mundo de los vínculos intensos, de la seguridad que brindan los afectos, de la confianza en el otro, de las complicidades y las alianzas sólidas.

3. “La humanización en general... tiene que ver en alguna medida con la domesticación, y por tanto con la intimidad hogareña del *homo sapiens*” (Sloterdijk, 2004, p. 62).

La vivienda es un conjunto de espacios y de objetos arquitectónicos articulados. Ninguno de ellos está solo, todos forman parte de una unidad

que los determina. La casa dispone de lugares de acceso y lugares para la mirada. Por la puerta se ingresa y por la ventana, desde la seguridad de la casa, se contempla el exterior y se entra en comunión con él. Ambos lugares garantizan la independencia y la autonomía de sus moradores, mantienen el secreto familiar, evitan la mirada de los otros (impiden los juicios sobre las acciones que realizan y las decisiones que toman, los rumores y especulaciones sobre lo que ocurre al interior del núcleo familiar: “Solo sabe lo que hay en el fondo de la olla el cucharón que la revuelve”) y controlan el ingreso de elementos extraños a la familia (únicamente son admitidos los que sus habitantes autorizan)⁴.

Las puertas y la ciudad

Las puertas no solo estaban en las casas, también era frecuente encontrarlas en las murallas y en los lugares de ingreso a las ciudades y en las entradas de los edificios públicos o sagrados. En la época preindustrial, muchas ciudades se encontraban encerradas por fortificaciones que delimitaban el ámbito urbano del mundo rural situado en las afueras. Estas marcaban el territorio y diferenciaban el espacio poblado de las áreas de cultivo, pero también cumplían un papel defensivo y les proporcionaban a los moradores de la ciudad cobijo en épocas de crisis y en tiempos de guerra. En esta estructura de defensa las puertas de las murallas eran un elemento fundamental. Eran tanto el escudo o la coraza que impedía el paso de las fuerzas enemigas, que protegía a sus residentes de los extraños, como la barrera que se abría para facilitar el ingreso de los extranjeros⁵. Las puertas reunían el momento de la llegada, como el momento de la partida (eran una invitación al retorno). Les daban la bienvenida a los forasteros y a los peregrinos, como despedían a los huéspedes y les deseaban un buen viaje.

En las urbes eran un espacio importante en la vida social y económica. En las puertas de la ciudad se trataban los asuntos relacionados con la vida de la *polis* y con lo público. Eran sitios de reunión y el centro de la vida comunitaria. A ellas acudían las personas para conversar, para comerciar (eran el lugar del mercado), para enterarse de las noticias que llegaban y de los anuncios importantes, para ponerse al día en los temas que eran de interés colectivo. Los habitantes iban a las puertas de la ciudad para ocuparse de asuntos legales. En ellas se divulgaban las leyes (se leían los mandatos), se examinaban y juzgaban los litigios (en sus alrededores se llevaban a cabo las transacciones legales ante testigos, se juzgaban los casos y se pronunciaban sentencias).

Como en los asedios a la ciudad eran objeto de ataques enemigos, muchas de ellas estaban revestidas de metal para evitar que el fuego las dañara

4. Esta dinámica de las puertas que se abren y cierran por largos periodos de tiempo se puede apreciar en el cuento de W. Faulkner, *Una rosa para Emily* y en la novela corta de Carlos Fuentes, *Aura*. La puerta, en los dos relatos, al permanecer cerrada impide que el grupo de vecinos se enteren de lo que pasa al interior de la vivienda.

5. En las ciudades chinas las puertas estaban pensadas como elementos que ordenaban el territorio, orientaban a sus moradores y marcaban la dinámica de los días. En las cuatro direcciones, en cada punto cardinal, había una puerta. Por la puerta del oriente salía el sol (se iniciaba el día) y por la puerta del occidente se ocultaba (comenzaba la noche). Por cada una de ellas se expulsaban de la ciudad las malas influencias, las energías negativas, y se acogían las buenas, se les daba la bienvenida a los factores positivos.

(algunas eran de hierro o de bronce y tenían remaches de metal). Cuando eran parte de las murallas que rodeaban la ciudad estaban flanqueadas por torres que las protegían. A menudo, la puerta era una entrada monumental, embovedada, que atravesaba la torre.

La forma como le presentaba la puerta a los habitantes y visitantes comunicaba el carácter de la ciudad y la condición del momento. La puerta de la muralla que permanecía abierta o entreabierta comunicaba disponibilidad y sentido de apertura, tiempos de paz y convivencia, como el espíritu abierto de sus habitantes. Pero cuando se encontraba tapeada, clavada o cerrada, denotaba inseguridad, el temor a lo desconocido, a lo malsano y perverso.

Muchas ciudades tienen puertas monumentales o arcos de triunfo en algunas vías principales, en rotondas o en el centro de la urbe, pero estas no protegen a sus moradores, como se podía apreciar en las ciudades amuralladas. En el siglo XIX las ciudades, al crecer, al expandirse sobre el territorio vecino y sobre las zonas rurales, derribaron las murallas e integraron el terreno de las afueras al espacio de la ciudad. En este proceso se conservaron algunas de las puertas que estaban en las murallas y se les asignó otra función: pasaron a ser un símbolo de la metrópoli, un monumento conmemorativo (un soporte propagandístico) que tanto visitantes como moradores reconocen y asocian con la misma. Muchas de ellas están recubiertas con series espaciosas de bajorrelieves que representan sucesos históricos, con temas alegóricos o con imágenes esculpidas que anuncian las grandes hazañas de las clases que detentan el poder.

La puerta y los signos protectores

La casa tiene un carácter sacro. En la mitología romana Jano, el bifronte, expresaba esta condición dual de la puerta. Era el dios de la iniciación, de los misterios, del tránsito, de los principios, las entradas, las puertas y los arcos. Presidía todos los comienzos de las empresas, como la partida hacia la guerra. Se le representaba como una figura con dos caras de perfil mirando hacia lados opuestos: Jano Patulsio (*patulsius*), la cara del dios que se ubicaba delante de la puerta y miraba hacia la calle, hacia el exterior (la que vigilaba a quienes entraban o salían a la casa) o hacia la derecha, y Jano Clusivio (*clusivius*) el rostro que estaba al otro lado de la puerta y miraba hacia el interior del hogar o hacia la izquierda. Su doble rostro le permitía observar en dos direcciones, divisar al mismo tiempo el oriente y el poniente sin volver la cabeza o mover el cuerpo. Lo acompañaban dos símbolos: la llave, para abrir la puerta, y el bastón, los cuales se empleaban para alejar de la puerta de la vivienda a las personas indeseables.

Aunque en la actualidad no hay “demonios hostiles”, ni fuerzas sobrenaturales adversas o espíritus malignos (larvas o espectros de la muerte) que amenacen al hombre, que pongan en jaque la paz de la casa, en la tradición popular se han empleado medios mágicos para protegerla. Habitualmente la vivienda se protegía apostando en la puerta figuras o amuletos que en el pensamiento religioso o la cosmovisión popular ahuyentaban a los enemigos e impedían su ingreso. En la tradición grecolatina se empleaban dos recursos: uno desde el interior de la vivienda, y otro en la fachada. En el centro de la vivienda, en el lugar más íntimo de la casa, en el altar familiar (en el que ardía el fuego sagrado) los lares y penates protegían a sus moradores, cuidaban las propiedades y enseres de la vivienda. Y en el exterior, a los lados de la puerta, en el marco o las columnas (a la derecha y la izquierda), se utilizaban representaciones de leones, grifos u otros seres mitológicos para ahuyentar a los ladrones o a los enemigos. En la actualidad, en el dintel de la puerta se usan, como elementos protectores, imágenes de vírgenes, crucifijos o cruces, o algunos signos sagrados (como el crismón o el *ictus*); en la cara exterior, aldabones (como el que tiene la forma de una mano, que en la tradición árabe cumple esta función); y en la cara interior de la puerta, oraciones o amuletos que expulsan las malas energías, la desgracia y la enfermedad, como la herradura, el ojo turco, la penca sábila.

La puerta y el sentido figurado

La puerta se emplea también como recurso poético. Con ella se representa el ciclo de la vida y la muerte, el paso por este mundo. Cuando ella se abre se nace, y, al cerrarse, se muere. Para dar cuenta de esta realidad individual y subjetiva se emplea la figura de la puerta personal. Franz Kafka, en uno de sus cuentos en *La condena (Ante la ley)*, hace una alusión indirecta a la muerte. En la historia del campesino y el guardián superpone las dos realidades: la presencia de la ley y la evidencia de la muerte. El relato narra la historia del campesino que espera que el guardián que cuida la puerta que lo separa de la ley lo deje pasar para verla. En este propósito se pasa toda la vida, pero todos sus intentos son fallidos. Al final “el guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora: “Nadie podía pretenderlo porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla” (Kafka, 1980, p. 78). La muerte es única para cada ser humano, la experiencia del morir es intransferible, es un momento de extrema soledad en el que nadie te puede acompañar.

En la iconografía religiosa de la tradición judeocristiana la puerta le da acceso a la revelación y en ella se reflejan las armonías del Universo. En los evangelios (en el Evangelio de San Juan) Jesús, al definirse a sí mismo como el *Buen Pastor*, se llama la puerta:

Yo soy la puerta de las ovejas...; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino a hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia. (Juan 10, 7-10)

En el mundo onírico la puerta significa la posibilidad de elección de múltiples destinos, el ingreso al espacio incierto y al frenesí de la aventura, al laberinto del infinito⁶. En la literatura policial y de suspenso, las puertas cerradas ocultan el crimen cometido, y en el hilo de la historia, manifiestan el inicio del problema o el rompecabezas por resolver.

Para el autor de relatos de ficción el inicio de una obra es como una puerta que se abre a otra realidad, es el paso sinuoso por la página en blanco, el reto a asumir las posibilidades abiertas del comienzo, el movimiento de lo conocido y lo habitual, a lo que sucederá después (que desde las primeras frases es incierto, no se sospecha, ni se alcanza a vislumbrar). Representa la búsqueda del autor de la idea y su solución que deberá ser diferente a las ya conocidas en la literatura (si no asume este reto corre el riesgo de caer en la falta de originalidad o de repetir los lugares citados por otros autores).

Las puertas rurales y su estética

En algunas de las casas de las zonas rurales en el departamento de Antioquia, la puerta es el elemento más ostentoso y sobresale por su tamaño en la fachada. La dimensión y la forma, los detalles de la decoración (los apliques, calados, molduras o tallas), los agregados de madera (en forma de rombos, círculos, óvalos, rectángulos) o de metal (de figuras de hierro forjado), el empleo de persianas o perforaciones sobre el tablón (algunas arman la silueta de una figura geométrica), los colores con que está pintada (que buscan combinaciones insólitas), el uso de goznes y pestillos, bisagras y fallebas corpulentas, de aldabones (de hierro fundido o de bronce) marcan la diferencia, exhiben el valor que le confieren a la estética de la vivienda, como la condición social y el poder de sus moradores. No están hechas de materiales modernos (de aluminio, vidrio o acrílico, por ejemplo) ni buscan sorprender por sus mecanismos, ni por los dispositivos de seguridad que emplean. No son productos industriales hechos con madera aglomerada o con lámina doblada. Están fabricadas de la manera tradicional, con maderas de la zona, y según los parámetros que en cada región se deben cumplir por las condiciones climáticas y topográficas. Muchas de ellas fueron diseñadas por ebanistas y talladores que conocían las técnicas de construcción. No son elementos aislados del conjunto de la fachada, están en sintonía con los otros componentes. En su diseño y estética forman una unidad visual y cromática con las ventanas, los zócalos de la vivienda y la estructura que soporta el tejado.

6. "Cuando estaba solo, José Arcadio Buendía se consolaba con el sueño de los cuartos infinitos. Soñaba que se levantaba de la cama, abría la puerta y pasaba a otro cuarto igual, cuya puerta abría para pasar a otro exactamente igual, con la misma cama de cabecera de hierro forjado, el mismo sillón de mimbre y el mismo cuadrado de la Virgen de los Remedios en la pared del fondo. De ese cuarto pasaba a otro exactamente igual, cuya puerta abría para pasar a otro exactamente igual, y luego a otro exactamente igual hasta el infinito. Le gustaba irse de cuarto en cuarto, como en una galería de espejos paralelos, hasta que Prudencio Aguilar le tocaba el hombro. Entonces regresaba de cuarto en cuarto, despertando hacia atrás, recorriendo el camino inverso, y encontraba a Prudencio Aguilar, en el cuarto de la realidad" (García Márquez, 1974, p. 124).

Algunas tienen encima del cabecero de la puerta un friso (una franja ornamental labrada, pintada o con calados), otras, una “corona” de madera que se proyecta hacia adelante o un frontón (un remate triangular o curvo). Unas terminan en línea recta, otras, en arco, en forma de abanico. Algunas llevan sobre el dintel una ventana pequeña o un tragaluz, otras le adicionan al remate de la puerta una superficie cubierta de clavos para evitar que sobre ellas se posen animales (las palomas o los gatos, por ejemplo). Unas llevan en los elementos laterales del marco medias columnas cuadradas que inician con un pedestal y rematan en un capitel; otras, por fuera del marco, en las paredes laterales, llevan un sobremarco hecho con mampostería (con argamasa, piedra o pedazos de ladrillos delgado).

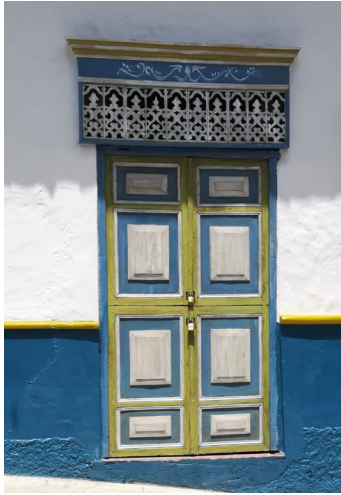
En algunas viviendas hay doble puerta: un portón en la entrada a la vivienda, y, después de un zaguán, otra puerta (un contraportón) que comunica con el interior (generalmente con un corredor que rodea un patio central). La primera permanece abierta y permite el paso de los visitantes; la segunda está cerrada, pero, a diferencia de la puerta exterior, que es densa y compacta, es parcialmente traslúcida y deja ver el interior de la vivienda (tiene cristales —vitrales—, calados o figuras de hierro forjado).

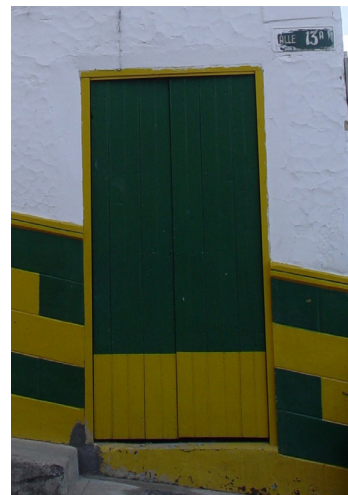
Hay puertas de un cuerpo (un ala) o de dos cuerpos (dos alas). En algunas viviendas (en casas de doble altura), en una las alas de la puerta, se abre una puerta peatonal que descansan sobre un marco interior. Esta, a diferencia de la puerta principal que tiene una altura que a veces duplica la estatura promedio de una persona, tiene un tamaño menor que solo permite el ingreso de forma individual.

Las fotografías que vienen a continuación muestran algunas de las formas más frecuentes.









Referencias

- Abril, G. (1995). Puertas. *Revista de Occidente*, (170-171), 75-97.
- Barbotín, E. (1977). *El lenguaje del cuerpo*. Madrid: Eunsá.
- Bejar, H. (1995). *El ámbito íntimo: privacidad, individualismo y modernidad*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bollnow, O. (1964). El hombre y su casa. *Eco*. (52-54), 452-493.
- Colafranceschi, D. (2007). *Landscape + 100. Palabras para habitarlo*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Comte, F. (1994). *Las grandes figuras mitológicas*. Madrid: Alianza Temática.
- Ching, F. (1997). *Diccionario visual de arquitectura*. México: Gustavo Gili.
- Durand, G. (1981). *Estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus.
- Eudave, C. (2016). *Aura de Carlos Fuentes: proyección ritual y simbólica*. Recuperado de <https://escrituracreativa.com/sin-categoria/aura-de-carlos-fuentes-proyeccion-ritual-y-simbolica-6994/>
- García Márquez, G. (2014). Nueve poemas de amor de Gabriel García Márquez. *Revista Diners. Recordando a Gabo (1927-2014)*. Recuperado de https://revistadiners.com.co/especiales/15323_nueve-poemas-de-amor-de-garcia-marquez/
- _____. (1974). *Cien años de soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Garzón Valdés, E. (2003). Lo íntimo, lo privado y lo público. *Claves de Razón Práctica*. (137), noviembre, 14-24.
- Kafka, F. (1980). *La condena*. Madrid: Alianza-Emece.
- Massey, D. (2012). Espacio, lugar y política en la coyuntura actual. *Urban*. (4), septiembre-febrero, 7-12.
- Morales, J. R. (1999). *Arquitectónica. Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Nicoli Segura, P. (s.f.). *Entradas o salidas: las "puertas" en la literatura*. Recuperado de <https://ciudadseva.com/texto/entradas-o-salidas-las-puertas-en-la-literatura/>
- Saldarriaga Roa, A. (2010). *Los lugares habitados*. Bogotá: Laguna Libros.
- Simmel, G. (1986). *Puente y puerta*. Recuperado de https://laasociacion.files.wordpress.com/2013/05/simmel_1_libro-_puente_y_puerta-1.pdf
- Sloterdijk, P. & Heinrichs, H. (2004). *El sol y la muerte: investigaciones dialógicas*. Madrid: Siruela.
- Torralba García, S. (2016). *Habitar la casa. Reflexiones en torno al espacio vivencial*. Universidad Politécnica de Valencia. Recuperado de <https://riunet.upv.es/bitstream/handle/10251/74051/TORRALBA%20-%20Habitar%20la%20casa%2C%20reflexiones%20en%20torno%20al%20espacio%20vivencial.pdf?sequence=1>
- Verdú, V. (1997). *Emociones*. Madrid: Taurus.
- _____. (1981). La seducción de la casa. *Viejo Topo*. (56), 41-43.
- Villota Toyos, G. (2001). Mirando el patio: el cuerpo representado en la frontera entre las esferas de lo privado y lo público. *Política y Sociedad*. (36), 113-128.